



Seix Barral

---

**Elena Poniatowska**  
Tlapalería

---

© 2003, Elena Poniatowska  
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria  
www.schavelzongraham.com

Diseño de la colección: Daniel Bolívar  
Curaduría fotográfica de la Biblioteca Elena Poniatowska: Oswaldo Ruiz  
Fotografía de portada: © Yolanda Andrade  
Fotografía de contraportada: © Áurea H. Alanís

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111,  
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: mayo de 2023  
ISBN: 978-607-39-0071-3

Primera edición impresa en México: mayo de 2023  
ISBN: 978-607-39-0051-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México  
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

---

## TLAPALERÍA

Uno de los anaqueles es de botes de Vinílica Mate Marlux para interiores y exteriores, otro de rollos de papel del excusado Pétalo. La Virgen de Guadalupe tiene sus foquitos de colores. Los tornillos, las armellas, las bisagras resuenan bonito cada vez que el muchacho los busca en su cajón. El radio colocado sobre el mostrador de zinc difunde a La Charrita del Cuadrante. El lazo de cuerda cercano a la cortina espera su caballo.

Sobre el mostrador se apoyan las manos, son manos que lo han resistido todo, manos geológicas, casi cósmicas, manos de pico y pala, de tubería, de agua, de lejía, manos de plomero, de albañil, de jardinero. Son manos cruciales que no le temen a la eternidad. Antes de entrar en servicio de nuevo, de volver a cargar, a restregar, a sembrar, descansan en el mostrador. Lo hacen con modestia, contrayéndose para no estorbar; que nadie les vaya a decir: «¡Quite de ahí esas manos!».

—Me da un litro de aguarrás.

—No me conviene comprar chiquito...

—Bueno, deme un cuarto de aguarrás... Es que donde yo vivo está muy oscuro.

—Un chiquito para la mesa.

—José Luis, ven acá, ven acá... Allá te va a agarrar el viejo del costal.

—En esta esquina se pasan sin fijarse.

—Déjalo, ya no le hables, ahorita me las va a pagar.

---

—Tan buena gente, don Seki, tan comedido. Cuando decía «La semana que entra se lo tengo», lo tenía.

—¿Por qué no pinta su cocina de amarillo?

—Es que es de mosaico amarillo y le quiero poner las puertas de blanco.

—Si donde yo vivo está reteoscuro.

—Me da una clavícula.

—Será clavija.

—Le pedí los clavos y me los dio sin cabeza...

—Ya ve que estuve busque y busque.

—Oiga, ¿le pongo tiner para quitarle la pintura vieja?

—Éste es un buen negocio. La mercancía nunca se echa a perder, puede durar años. No es como la de un restaurante, un comedero, ya ve, tan desairado.

—Por esa oscuridad me han dado ganas de cambiarme, pero ¿dónde?

—Mi nota, ya ve que siempre piden la nota.

—No es la primera vez, y ya hemos ido a la Delegación a exigir topes, pero se quedan como quien ve llover.

—No hay en ningún lado un removedor que le cueste sesenta pesos.

—No, al fin que es para la cocina, luego le pongo un plástico encima.

—Ya tendré para de hoy en ocho, sí, la semana que entra.

—¿Me da mi nota?

—De dos litros para que le convenga.

—Sí, porque son una, dos, tres, cuatro puertas.

—Señor, que si no me la cambia por una de a cuarenta.

—Un jalador para los pisos.

—Qué seguro de vida ni qué nada, no, qué iba a estar asegurado...

—Un abridor, no, más bien uno para refrescos. No, éste no, uno más sencillo.

---

—Antes las veladoras eran grandes, de vaso alto, ahora, ni sus luces.

—De esas que andan con coche de papi...

—¿Cuánto es?

—Cinco cincuenta.

—A ver, déjeme ver eso que tiene allá.

(La de pelo oxigenado mira a ver qué compra y recarga su vientre sobre el aparador dentro de sus apretados *blue jeans*.)

—Señor, que si no me da una nota de remisión, por favor.

—¿Me permite utilizar su teléfono?

—Sí, cómo no.

—Nunca me pasaron para adentro. Cuentan, pero no me creas, que tenía sus lámparas blancas de papel de arroz.

—Mi teléfono murió hace un mes. Diario les hablo a Teléfonos de México.

—Allá en su isla, los niños, cuando van a atravesar la calle, toman una banderita y la ondean y luego la dejan del otro lado en una canasta junto al poste. Por eso, a don Seki le daba tanto horror el crucero. Barbajanes, decía, barbajanes; bueno, en su idioma.

—¿No hay otra clase de estopa?

—La estopa es la estopa.

Un chaparrito vestido con overol azul marino: Garza Gas en letras blancas en la espalda, informa:

—Diario hay accidentes en esta esquina.

—Un empaque para agua caliente.

—Quién sabe por dónde se me meterá la humedad.

—Jovenazo, un favorzote grandote —blande un billete de quinientos pesos.

—Una lija para fierro, ésa de seis cincuenta está buena.

—Él la mantiene de cabo a rabo con todos los lujos.

---

—Me da dos sóquets —pide una niña que trae una moneda de diez pesos.

—¿Sóquets sencillos o con apagador?

—Con apagador... y dos focos de cien.

—Veía con el rabillo del ojo.

—No saben manejar y luego quieren correr.

—¿Que si no me la puede dar un poco más gruesecita?

—¿Me da una nota?

—¿Tiene Fab suelto? ¿A cómo el kilo?

—Veinticuatro cincuenta.

—Ay, ya subió. ¿Tiene jerga? ¿Cuánto vale?

—Dieciséis y dieciocho el metro.

—Démela de dieciocho, pero que sea roja, aquellita, la de la raya roja.

—Enloquecen con la fruta, la fruta allá es carísima, es un verdadero lujo, allá es isla, isla chiquita, no les cabe nada. ¿Se imaginan un altero de sandías?

—No llegó el gas. Me la paso reportándolo y seguimos sin agua caliente.

—Se atravesó y por un pelito y lo mata; pero no sólo eso: después de esquivar el coche y pegarle sólo en el ala, vino a dar contra el aparador y la gente aquí parada y don Seki despachando, hágame el favor.

—Don Seki jamás habría confundido tornillos con chilillos.

—Nunca enfrenó, nunca enfrenó...

—Ellos tan cuidadosos, tan puntillosos, al fin budistas, cuando a don Seki le daba catarro, se ponía tapaboca, hágame favor, dizque pa' no contagiar.

—Lo bueno de ser tan alto.

—Si no se la lleva la policía, la linchan.

—¿Cómo sigue? Pero qué salvaje, chin...

—Y ¿qué le hicieron a la muchacha?

- 
- Nada, nada.
- Pues que la metan al bote.
- Lo malo es que la soltaron desde el primer día.
- Un empaque como éste, es para una llave de cocina.
- Un tapón de hule.
- De esas que se van poniendo el rímel en los altos...
- ¿No tiene otros dos?
- Le escurría la sangre sobre la cara.
- Ni cuenta se dio de lo que había hecho. No hablaba, nomás le entró la temblorina.
- Agujetas de las más largas que tenga, me da cuatro, por favor.
- Cuatro, éstas azul marinas no son largas.
- ¿Las únicas? Sí, me da otras, por favor, un par.
- No le gustaba que lo tocaran o lo abrazaran.
- No, si ellos limitan muy bien su espacio. Hasta aquí nomás...
- Don Seki allí tendido, sus ojitos abiertos, ya ve qué chiquitos eran, pues se le hicieron unos ojotones así, la sangre gruesa como pintura de aceite, todas las latas de Marlux habían rodado a la calle. Algunas las recogí y las vine a dejar, otras se las llevaron.
- No, Kotex aquí no vendemos, aquí no es farmacia.
- El destino sabrá cobrarle.
- Cuando la veas pónchale las llantas para que se dé en la torre.
- Me da mi notita, por favor.
- Té de chinos de la calle de Dolores, té verde, tuestan arroz así como palomitas, y ésas se las echan al té.
- Además de asesinado, robado.
- Sembró tres árboles de cereza, se le dieron capulines.
- ¿Qué dice la Chata? Hace mucho que no la veo.

- 
- Mi notita, por favor.
- Nara, rumbo a Kyoto, Nara.
- Mira, chico perrote.
- Es San Bernardo, es de los que caminan en la nieve.
- Que siga mejor.
- Los pérsimos son de Persia.
- Se ha de comer como dos kilos de carne diarios.
- Más, como unos cinco.
- Unas frutas muy especiales.
- Se me tapa muy seguido el fregadero.
- La jerga me la corta a la mitad, luego de medio metro.
- Estos señores...
- Nos referimos al accidente ocurrido con fecha del 8 del presente al proyectarse sobre un negocio un automóvil causando daños a su mercancía.
- Ácido muriático.
- Como la mitad.
- Veneno.
- No le bombee.
- Son las doce.
- Una bomba.
- Ya no ha hecho cortos.
- No, ya no.
- ¿Cuánto es?
- Un cuartito de barniz marino.
- Hay maple y nogal.
- Considerando que la póliza expedida 218554 del ramo de Incendio sólo se contrató para cubrir los riesgos de Incendio, Rayo y Explosión, no quedan cubiertos los daños causados por vehículos en sus contenidos debiendo presentar su reclamación a quien haya resultado responsable de la colisión de vehículos.
- Él decía que para qué se había venido de allá porque



---

desde su ventana podía ver el volcán. Aquí en verdad, nunca le gustó, extrañaba el calorcito.

—Stanhome, es la mejor.

—El aparador apenas lo pusieron, les salió en un ojo de la cara.

—No hay.

—Hasta el Clarasol subió.

—Total que el seguro siempre sale ganando.

—En esta ciudad ya no se puede conseguir un electricista.

—¿Me presta su teléfono para una llamada súper urgente?

—¿Qué onda?

—Yo a toda madre.

—¿Y tú, qué onda?

—¡Ay, qué buena onda!

—Vamos a ver cómo se pone esa onda.

—¿Cómo?

—¿Hola?

—Es a ti a quien se te va la onda gacho.

—¿Me oyes?

—Ésa sí que es una chava buena onda.

—¿Que qué?

—Qué padre, qué a toda madre.

—Ya es hora de que ése vaya agarrando la onda.

—Pinches teléfonos tan mala onda. ¿Hola?

—Seguimos con la misma costumbre de don Seki, el cliente es primero, todo para el cliente, el cliente siempre tiene la razón aunque no la tenga, por lo tanto aquí tiene su teléfono.

—Un cuarto de almidón, ahora ya no hay ni quien almidone la ropa, pero yo sí, sus camisas.

—Su viuda está inconsolable: era la señora de ojos bajos

---

que a veces atendía la caja, pero no le gustaba estar en la tienda, meterse en lo de su marido. Sus ojitos también jaladitos, siempre cerrados, cuentan que se los quería operar para no ser tan china o japonesa, pero no me crea, sólo me lo contaron, ya no le gustaba ser tan china o japonesa.

—Chino, japonés, es igual.

—Don Seki iba a San Juan a comprar pescado fresco para hacer su suchi.

—¡Dígamelo a mí que no veo mi suerte desde que pasó a mejor vida! Siquiera no sufrió, fue instantáneo.

—Mire, dele una rociada con Baygon.

—¿Petróleo para desmanchar? No, aquí sólo quitamanchas. No, es mejor que el Carbona.

—Los domingos era otro hombre, muy otro.

—Dicen que en la trastienda encontraron revistas pornográficas.

—No hay.

—Un ranchito, Ojo de Agua, en Cuautla, así se llama, está bonito, bueno, más o menos; se da ciruela, manzana, pera, durazno, papa, mucha papa. Hay gran variedad de flores, a él le gustaba, mi mamá no quiere venderlo, pero nosotros ¿cuándo vamos a ir si siempre estamos aquí medidos en el negocio? Él se emocionaba mucho con las verduras, un ejote lo ponía a llorar, un jitomate ni se diga, a las calabacitas las acariciaba.

—Ése nomás coge el dinero y corre, nunca lo vemos.

—En febrero salía a volar los papalotes y casi se iba con ellos, tan delgado. La gente se le juntaba porque su papalote era el más bonito, raro eso sí, muy raro, como de brujería. Daba miedo. Dicen que así son sus dioses, con esas caras achinadas, feas, bueno, a mí no me gustan.

—Cómo no, los capulines sí dan flor, como los cerezos, una florecita blanca sin chiste.

---

—Nunca frenó.

—Una vasijita que era de su tatatarabuela, una como medio teterita de sake, que así le llaman a su vino de arroz.

—No se le subía, a él lo único que se le subía eran sus papalotes, nadie los volaba como él, con sólo un jaloncito, se elevaban a las primeras, de papel de china los hacía y allá iban por el espacio, rasgándolo a puro zas y zas y zas, cada vez más alto, haga de cuenta una escalera que va subiendo sesgadita, como ellos son chiquitos yo creo les gusta la altura, les soltaba un poco el mecate, luego el jalón y vámonos más para arriba, alrededor de él toda la gloria del cielo, él una sombrita nomás sobre la tierra.

—Un hombre muy livianito...

—Él era toda su vida.

—Dos metros de papel estraza para envolver.

—¿A cómo su alambre de ese delgado?

—Un pliego de papel manila para forrar.

—Ahora todas las cubetas son de plástico y éstas no me gustan.

—Una mariposota de papel pintada para niños, eso es.

—Un desarmador de cruz.

—Le aplaudían y él se agachaba hasta el suelo para dar las gracias.

—Me mareé de tanta comida, bueno, me puse pesada y roja como jitomate.

—¿El cable ese a cómo?

—Desde que murió esto no es como antes. Puro no hay y no hay y no hay. Él era muy soberbio. Cuándo hubiera aceptado un no hay, nunca de los nuncas. Se lo tengo mañana.

—Desde que él se les fue, se les descompone el radio, la luz, los conductos de agua; se les acabó el petróleo... Bueno, una cosa.

- 
- Para sus hijos, su pasado no vale ni un recuerdo.  
—Se vienen los meses de invierno.  
—A mí también me dan ganas de hablar de mí mismo, a ellos no, nunca, no les gusta, no cuentan nada, uno porque se fija.  
—En un estado de felicidad constante.  
—No hay.  
—¿Me da mi notita, por favor?  
—Unas chinchas de colores como las gringas, una docena.  
—Dicen que van a poner una pastelería.  
—¿Un semáforo? Estaría bueno. Un semáforo y topes.  
—Hay algunos así, tienen una como magnificencia, saben dar.  
—De esos plumeros pintados son más alegres, ah, y una escoba, pero no de plástico.  
—Nunca nadie ha esperado nada de mí.  
—¿De qué color quiere su papel de china?  
—Don Seki fue de los que firmaron la solicitud para el semáforo, pero nunca lo vio, y ya ve, todavía no lo ponen.  
—No lo vendemos por pieza, al mayoreo.  
—Dentro de su casa andan descalzos, por respeto.  
—Me gusta hablarme a solas, sola me platico, sola me acompaño.  
—Son de esos relojes a los que no hay que darles cuerda y nunca se atrasan.  
—Un kilo es demasiado, con medio me alcanza.  
—Don Seki decía que cada cosa viene a su tiempo; no hay que apresurarse.  
—A mí no me importan las cosas que he hecho, me importa lo de mañana.  
—Nunca hay tiempo.  
—No hay.